

DIONISIA GARCÍA: POESÍA Y NATURALEZA

La progresiva urbanización del campo está haciendo variar la presencia de la naturaleza en la poesía. Y no se trata sólo de la extensión e intensidad con que aparece, sino también del modo como lo hace. Para un poeta formado en el medio rural, la naturaleza puede tener, en muchos casos, diferente sentido de para otro que mantiene relaciones con el medio natural de manera intermitente —por segunda residencia, vacaciones, excursiones. Es probable que aunque la naturaleza suela dejar importante huella en muchos de estos últimos casos, sea más profunda en aquellos poetas que han tenido contacto con ella en su infancia. Para el niño, la naturaleza connota apertura, libertad, y conforma un escenario que tiene algo de paraíso que nunca será perdido del todo.

Intimidad con la naturaleza

Esta clase de relación íntima y profunda la encontramos en la poesía de Dionisia García. La naturaleza es motivo de gozo, que puede estar teñido de nostalgia, con sensaciones que trasladan al poeta a un *Llio tempore*. En otro nivel, el poema parte de un momento y también de un punto del espacio concreto, aunque luego espacios y tiempos resulten alterados o fundidos.

La naturaleza —el campo, con los seres vivos y otros elementos, grandes o pequeños, que lo pueblan— es vivida y sentida en relación con ciclos largos o cortos de tiempo que se refieren implícitamente a años, y de manera explícita y, acaso, preferente, a estaciones, así como a momentos del día o la noche precisándose si se trata del atardecer o de la madrugada. En última instancia, sin embargo, en el momento de la creación, el tiempo siempre se detiene y el espacio es como si se suspendiera en un *topos* indeterminado e indeterminable. Y, esto, puede ser expresado explícitamente: «Todo parece detenido en este día» (338)¹.

En los primeros libros se aprecia mayor presencia del campo. Y se advierte el peligro:

Tiembo
al pensar que, algún día,
ya no veré las lilas de los huertos,
ya no oleré la tierra
(...)

¹ Dionisia García: *Tiempos del cantar (Poesía 1976-1993)*. Barcelona, El Bardo, Los Libros de la Frontera, 1995, p. 201. A este libro corresponden, salvo el caso al que se refiere la nota siguiente, los versos que se citan a continuación.

No me gusta creer
que las lilas perderán su existencia (35)

Después es más clara la añoranza, aunque ese pasado sea sentido como presente, y reaparezcan, intermitentemente:

aquellas huertas
cuyos olores guardo (330)

Sin embargo, la presencia de la naturaleza sigue relacionada con lo más hondo, como telón de fondo del recuerdo pero dando en cierto modo sentido al presente. «Quiero permanecer donde fui siempre», para concluir: «saber al fin, como el sol de la viña / dar luces al verdor» (A O, 11)².

Ciudad y naturaleza

Puede plantearse una confrontación con la ciudad, frecuente en los poetas en quienes se da la circunstancia de presencia y posteriormente alejamiento básico de la naturaleza. Lo normal es que, en estos casos, la ciudad, de la cual se pueden valorar sus ventajas en la vida cotidiana, resulte desfavorecida, mientras se recuerdan «En silencio los montes y laderas. / Sólo de vez en cuando un claxon sobresalta». Es difícil, como vemos, escapar a los signos ciudadanos, pero «el polen de los pinos / parece penetrar en el estricto espacio / que ocupamos». Y, curiosamente, entonces, al mirar «Abajo la ciudad envuelta en densa bruma, / quieta y distante; engrandecida», se desea «estar (en ella) irremediamente» (323).

Es muy posible que, a fin de cuentas, y de manera irremediable, el poeta sea hoy, en general, urbano, y la naturaleza, cada vez más asediada y urbanizada, constituya un hermoso sueño, una meta utópica y el espacio de un paraíso irremisiblemente perdido, salvo para los niveles más profundos, en los que el tiempo o no corre o permite mantener el pasado como un presente absoluto. Esto no es obstáculo para que la ciudad, de la que sólo nos es posible escaparnos con permisos temporales, se nos aparezca a menudo como un escenario que se rechaza —como el Lorca de *Poeta en Nueva York*—, con admiración o simple reserva. Y habría que analizar detenidamente la reacción de Dionisia García durante su visita a Manhattan, mezcla de sensaciones diversas y en la cual se distinguen «mundos desazonados / de cinco continentes, humareda de Dios, / y un sólo paraíso» (157).

El huerto y la llanura manchega

² Dionisia García: *Aun a oscuras*. Bari, Levante Editori, 2001, p. 11.

La naturaleza está representada principalmente por el huerto. El tiempo suele ser el de la infancia, «cuando todo pasaba lentamente, / y el huerto era más verde» (218), y el de juventud. Y ya situada en el presente, la poeta se pregunta:

Ahora ya no sé si existe el huerto y la higuera,
sólo guardo recuerdos de la vida de entonces (218)

Es también importante, en diversos sentidos, incluido el simbólico, «la llanura de las tierras manchegas, con sus paisajes ocre, casi infinitos, de árboles solitarios y orgullosos que contagian al hombre su quietud», como ha hecho notar Ana Cárceles³. Paisaje desnudo, de «camino infinitos (...) como si nada fuera en la llanura» (42), y de una naturaleza tan pura que se revela a través de su vacío. Unos versos referidos al desierto de Judea confirman esta sed de absoluto que inspira la obra de esta autora:

Desafío
desde la nada yerma,
cargada de soledad infinita,
de caminos sin huella. (105)

Las montañas tienen, como casi era de esperar, escasa presencia. Suelen aparecer como telón de fondo, cuando no se trata de humilde colina o de unas sierras que se supone lejanas. Lejos ya de «la tierra tan querida» propia (59), montañas contempladas en viajes: el Monte Tabor, el Mont Blanc.

Los pobladores: el árbol, los cultivos, los animales, el viento

El árbol es elemento importante siempre, incluso en La Mancha, donde acaso lo es más, por su general rareza. Se nombra la encina, el peral, el olmo, el chopo, la palmera, el árbol paraíso que había entre el huerto y su casa, el pinar que la poeta no pudo vivir porque talaron su esperanza. Los cultivos son los propios de las tierras en que ha vivido: sobre todo el trigo y también el heno, del que se sigue percibiendo su olor en los atardeceres, el azafrán, el campo de girasoles, «hermosos frutos contados uno a uno» (215). Una infinita sensación de plenitud parecer revelar los versos:

Noches inmensas
con olor a hierba
y pureza de aire. (189)

Siempre cerca de árboles y cultivos, los animales, sobre todo los pájaros: gaviotas, unas palomas paradas en las rocas, mariposas sutiles, caballos en

³ Ana Cárceles: Estudio preliminar, en *Tiempos del cantar*, citado, p. 10.

libertad, seres que debían poner acentos en el paisaje, unas ninfas que huyen de los cíclopes. El viento, al que se alude rara vez directamente, se da ya incorporado al paisaje, como algo tranquilo y sereno, que queda prendido entre los árboles o peina el silencio de las tardes, y en una ocasión se trata del huracán, que llega con fuerza misteriosa empujando la ventana.

El firmamento y las aguas, y su simbolismo

En muchas de esas noches debió la poeta quedarse contemplando el cielo, pero su inmensidad no parece abrumarla, sino que siente que son «Noches de gracia, cuando los astros parece que te miran» (228). Acaso esta sensación de última e íntima familiaridad con el firmamento tiene su significado semejante al que parece deducirse de su actitud y su sentimiento ante el mar. Es evidente la sed de absoluto y el sentido de la trascendencia que revela esta poesía, pero la sensación de infinito se descubre acaso mejor que ante la inmensidad del firmamento o del mar, en lo más inmediato y en los ecos que despierta en su propio interior.

El mar tiene una presencia relevante:

el mar ignorado y ausente,
con el que no nací y en la mirada llevo (55)

Pero no parece que su sentido simbólico sea aquí el de elemento donde toda forma se disuelve y que provoca un sentimiento oceánico, de disolución de lo individual. Acaso porque su mar es el Mediterráneo, mar culturalmente familiar y que se sabe, por comparación, limitado. Y tratándose del Mediterráneo y habiendo visitado Grecia, la cultura clásica le hace preguntarse si «Aquella mar violenta que Homero percibió, / ¿es este mismo mar que admiramos ahora?» (150).

Claro está que las sensaciones pueden tener diferentes significados en situaciones y momentos distintos. Pero, al menos en una ocasión, resulta explícito que el mar es para la autora inseparable de la tierra que pisa y la sostiene:

No supe verlo nunca
aislado de la tierra,
y en toda su medida de agua sola (39)

Esto, y otras impresiones, pueden hacernos pensar que la sed de absoluto a que me refería la sabe descubrir, como los poetas extremorientales, en lo más inmediato. Cerca del mar le duele separarse de él y constituirá para ella una referencia grata:

El mar
(...)
es caricia que vuelve
y renueva los días
(...)
refrescando lo antiguo
con sonrisas de agua (90)

Y, con el mar, el río, que puede tener nombre propio.

Poesía y naturaleza

Lo fundamental siempre, en mi opinión, es la relación que se crea entre la poeta y la naturaleza, a través de una visión que es tanto interior como exterior —a cierto nivel profundo, la distinción entre una y otra se desvanecen. Y esa profundidad con que se produce la contemplación confiere a la poesía carácter simbólico. Las referencias externas son claras. Se nos habla de paisajes y parejas reales, de lugares con nombre, que cobran un valor personal muy hondo, porque el verso no se detiene en la anécdota y sabe abrirse a una dimensión sin fondo, en último término inefable. Porque la mejor poesía, como es ésta de Dionisia García, si se sustenta en el lenguaje es en un nivel en que éste se revela incapaz de expresar lo inexpresable, aunque el poeta alcanza a hacérselo vislumbrar de algún modo.

José Corredor-Matheos

(Publicado en *Llaves prestadas*, Ediciones Tres Fronteras, Murcia, 2003)